

Amato —traje gris a finas rayas rojas, camisa de piqué rosa con las iniciales en el puño doble izquierdo, corbata granate y dorada— se sentó y los miró desde la mesa chapada en nogal con forma de riñón.

—Lo reconozco, vaya par. Tenéis una pinta estupenda. Os presentáis cuatro horas tarde, hechos una mierda y apestando. Ni que acabaseis de salir de la cárcel, joder.

—Culpa de este. Se ha retrasado. He tenido que esperar por ahí —dijo el primero.

Ambos calzaban botas negras con incrustaciones de ante rojo. El primero llevaba un poncho verde militar, un raído suéter gris y vaqueros descoloridos. Era rubio, de pelo largo y patillas gruesas. El segundo vestía poncho verde militar, sudadera gris y unos sucios vaqueros blancos. Era moreno, el cabello le llegaba hasta los hombros y lucía una incipiente barba negra.

—Tenía que guardar los perros —dijo el segundo—. Allí hay catorce perros, eso lleva su tiempo. No puedo largarme y dejarlos fuera.

—También estás lleno de pelos. Te lo habrás montado con los chuchos, supongo —dijo Amato.

—Eso es de meneármela, Ardilla —respondió el segundo—. Acabo de salir y no me lo he montado como tú, con un buen negocio esperándote, vaya chollo. Yo tengo que buscarme la vida.

—Johnny, puedes llamarme Johnny. Mis empleados me llaman «señor», pero tú puedes llamarme Johnny —matizó Amato.

—Me esforzaré, Ardilla, de veras —dijo el segundo—. Tendrás que ser paciente conmigo, ¿sabes? Acabo de salir del puto trullo, estoy jodido de la cabeza. Tengo que readaptarme a la sociedad, es lo que hay.

—¿No podrías haberme traído a otro? —preguntó Amato al primero—. Este tipejo está hecho una mierda y no tiene modales, ¿por qué tengo que soportar a semejante pringado?

—Podría, pero me pediste a alguien legal. A veces Russell se pasa de listo, pero no está mal si lo aguantas.

—Claro —dijo Russell—. Y un tipo como tú que quiere hacer un trabajo sin tener los huevos para hacerlo debería aguantarse, creo yo.

—No me gusta este capullo —dijo Amato al primero—. Demasiado bocas, para mi gusto. ¿Por qué no me traes a un negro que los tenga bien puestos? No creo que soporte a este soplapollas lo bastante como para decirle lo que quiero.

—Joder, Russell, cierra el pico y deja de tocarle los huevos. Quiere hacernos un favor —dijo el primero.

—Eso no lo sabía —respondió Russell—. Creía que era él quien quería que le hiciésemos un favor. ¿Esa es la vaina, Ardilla? ¿Quieres hacerme un favor?

—Largo de aquí, joder —dijo Amato.

—Eh, así no se habla a la gente —dijo Russell—. ¿Vas

de puto dueño de autoescuela y después hablas así?

—Con el asunto que tengo entre manos sacaremos, yo y los dos tipos que lo hagan, unos treinta. Treinta de los grandes. Tarados como este, Frankie, tarados como este puedo comprarlos a ochenta céntimos la docena y conseguir uno más de regalo. Tráeme a otro, Frankie. Yo no aguanto chorradas.

—¿Recuerdas los hábeas que tuvimos? —preguntó Frankie.

—Hábeas. ¿De qué hábeas hablas? Habremos tenido novecientos. En cuanto me vuelvo, ese mono ya está sacando otro papel para que lo firme. ¿Qué hábeas?

—Esos por los que nos trajeron. Los federales —le dijo Frankie.

—La rueda de reconocimiento, sí. La vez que ese cacho negro vino a por mí.

—Sally la Larga —dijo Frankie.

—No sé cómo se llamaba, no es que hablásemos demasiado. Él solo quería bajarme los pantalones y yo solo quería que dejase de intentarlo. «Estate quieto, blanquito, te la voy a meter entera por ese dulce culito.» Vaya tío, joder. Llevaba pintalabios blanco.

—La noche siguiente él no estaba allí.

—La noche siguiente yo no estaba allí —corrigió Amato—. De haber estado, ese negro de mierda ya no existiría. Le conseguí a Billy Dunn un formón de madera, iba a pillar a ese cabrón en el patio si yo andaba cerca. Putos guardias, nunca sabes si aparecerán cuando los necesitas y, en cuanto te descuidas, alguien te rompe el culo.

—Estabas en Norfolk —dijo Frankie.

—Me llevaron a Norfolk. Me paso todo un día sentado, escuchando a un niño que deja a mi abogado como un soplapollas mientras solo puedo pensar en lo que Billy le hará a ese moreno cuando vuelva, y entonces resulta que me mandan a Norfolk. Lo único que veo esa noche es a una monja vestida de gris que me pregunta si quiero aprender a tocar la puta guitarra.

—La conozco —dijo Rusell—. Está por todas partes. Una vez la vi en Concord. Le dije: «Hermana, si quisiera tocar la puta guitarra, ya me habría agenciado una puta guitarra». Luego me dejó en paz. Pero a muchos tíos les gustaba.

—Esa noche, el negro acabó en el hospital —siguió Frankie.

—Bien. Espero que la palmase —dijo Amato.

—No, pero yo lo vi. Le faltaban dos palmos de piel en la puta cabeza.

—Vaya —exclamó Amato.

—Fue él. —Frankie señaló a Russell con un gesto.

—No me jodas —dijo Amato.

—Lo peló como a una naranja —dijo Frankie.

—Fue más bien como arrancarle la corteza a un árbol —dijo Russell—. Nunca he visto una piel como la de ese tío.

—¿Fue a por ti? —preguntó Amato.

—Alguien vino a por mí, eso seguro. Alguien que me pareció el moreno más grande que he visto en la vida vino a por mí. Yo tenía una navaja, un tipo que me encontré de camino me dijo que por cien de lo mío me daba la navaja, que la iba a necesitar. No llevaba ni diez minutos allí cuando ese pedazo de negro se me echa encima. No volverá a intentarlo, eso seguro.

—Así está la cosa —dijo Frankie—. Russell es un capullo, pero tiene recursos.

—¿Está limpio? ¿Lo estáis los dos? —preguntó Amato.

—Frankie, ¿te has metido algo? —dijo Russell.

—Cállate de una puta vez, Russell —dijo Frankie—. Sí, estoy limpio. Solo priva desde que salí. Y tampoco demasiada. Cerveza, casi siempre. Esperaba a cobrar para pasarme al whisky.

—Te van las pastillas —dijo Amato—. Te van las pastillas, te he visto, no lo olvides. En el talego te ponías ciego de nembutal.

—John, por allí corría el nembutal. No vi a nadie sirviendo cerveza. Yo solo cogí lo que había. No me he metido nada de eso desde que salí del trullo.

—¿Y él?

—Dios, yo no me metería nada, Ardilla —dijo Russell—. Hummm... a lo mejor unos litros de vino y un poco de hierba, puede que alguna que otra papela, una o dos veces, pero solo esnifo. No me estoy chutando nada. Voy a los scouts, ¿sabes? Allí te cachean antes de enseñarte a hacer nudos y demás.

—Jaco —dijo Amato a Frankie. Frankie se encogió de hombros—. Te digo que busques a alguien, que tengo un asunto y todo lo que hay que hacer es hacerlo y nos sacamos una buena tajada. Solo hay que buscar a dos tipos capaces de hacer algo muy fácil sin cagarla y esto es lo mejor que encuentras. Un yonqui de mierda. Y se supone que tengo que dejaros hacerlo sabiendo que lo joderéis todo, un trabajo que no volverá a presentarse ni en un millón de años. No quiero complicaciones por haber pillado a un tío que parecía legal pero luego dio el palo colocado hasta las cejas. Quiero el puto dinero. Eso es lo que quiero.

—Ardilla —dijo Russell—, cuando era crío me metía cheracol y nunca me pasó nada. Cuando curraba para el tío Sam, tuve que meterme en agujeros por él, ¿lo sabías? Me tiznaba la cara con carbón, me metía en el agujero con una 45 en la mano y un cuchillo en los dientes y bajaba a los túneles. Me metía en esos túneles de mierda todos los días. Si en el túnel no había nada, ese era un buen día. Los días no tan buenos, encontrabas una puta serpiente bien gorda o algo que quería comerte. Los días más bien malos, había un charlie flacucho que quería liquidarte. Los días malos del todo eran cuando el tipo lo conseguía o cuando había por ahí un cable que no veías, no te fijabas, conectado a algo que estallaba a toda hostia, o una puta estaca de bambú bien afilada y pringada de mierda vietnamita: si te la clavabas, pillabas una infección de la hostia.

»Yo no tuve días malos. Me pasé casi dos años metido en esos túneles y no tuve días malos. No me compré un montón de Mustangs ni enseñé a conducir a unos niños de mierda, pero tampoco tuve días malos.

»El asunto es, Ardilla, que entonces era imposible saber si ibas a tener un mal día, ¿comprendes? —siguió Russell—. Yo arrancaba, pensando que todo era una cuestión de huevos. Y no quiero ofenderte, pero siempre he tenido huevos. Y tampoco me parecía tan mal, porque si era una cuestión de huevos y yo tenía, ¿cuál era el problema? Pero un día vi que sacaban de los túneles a un par de tipos en carretilla y los metían en bolsas verdes. Y luego vi a otros dos que al salir ya no tenían huevos, ni polla tampoco, una cuestión de mala suerte, había sido un día de esos. El puto camuflaje de carbón

no sirve de nada si te rajan. Las putas trampas de estacas lo atraviesan como si nada.

»Y eso me hace pensar. Pensar no se me da muy bien, pero eso me hace pensar y veo que estoy metido en la mierda y que no puedo hacer nada. Lo único que puedo hacer es tener huevos y suerte, pero yo solo entiendo de huevos. Lo importante es no tener días malos, pero no sé cómo montármelo. Conque sigo saliendo de los túneles, sé que al día siguiente tendré que volver a entrar y lo único que pienso es: un día menos. Nada más. Entonces empecé a fumar. Y ayudó.

»Luego me dio por fijarme en los otros. Los miro, yo sigo pensando, y veo que todos, la mayoría, como mínimo fuman. María. Le dan mucho a la hierba y se vuelven lentos. Yo aún controlaba, pero vi lo que me pasaría, vi lo que les estaba pasando a ellos. Yo fumaba poco y vi que ellos cuando empezaron, al principio, también habían fumado poco. Se te empiezan a olvidar las cosas. Eso es todo lo que quieres, olvidar, todo te importa un carajo, ¿entiendes? Muy raro. Y también algunos, los más viejos, privan de la hostia. Y se ponen muy enfermos. Muy chungo. Les tiemblan las manos, están agilipollados. Pero si te metes ahí abajo y te encuentras con un cable, un puto charlie o lo que sea, tendrás mucho tiempo para pensar o no tendrás nada de tiempo, nada. No puedes amuermarte.

»Así que probé el caballo. Algo hay que meterse. Me agencié unos polvitos blancos y lo que hacía era colocarme después, siempre después de salir del túnel. Yo no tenía que volver a meterme de noche. Al principio, esnifaba. Luego, un par de veces, lo otro, pero casi siempre esnifaba. Pero sí, me metía. Y me gustaba.

»Y sí, te hace sentir de puta madre pero tampoco arregla nada, cuando estás ahí abajo no te protege. Pero has entrado en el túnel y has vuelto a salir y tendrás que volver a entrar y no quieres pensar en eso, en que igual no vuelves a salir, en que volverás a entrar y habrás gastado toda tu suerte pensando. Por eso el jaco está muy bien. No te amuerma, solo te hace sentir bien, que era lo que yo quería.

—Sí, claro, y eso es lo que buscarás antes de empezar mi asunto y lo encontrarás y te colocarás y te presentarás ciego hasta el culo y a algún puto pringado le dará por berrear y acabará con un balazo y un negocio de puta madre que cualquiera en su sano juicio no podría joder acabará jodiéndose. Eso es exactamente lo que me temo.

—Estará bien, John —dijo Frankie.

—Puede que esté bien —dijo Amato—. Y puede que no. Y puede que tú tampoco. No quiero heridos. Nadie tiene por qué salir herido, ni los tipos que entren ni los que ya estén allí cuando los tipos entren. Esto es dinero, dinero y nada más que dinero. Sin mierdas ni complicaciones que vayan a cabrear a nadie. Si fuera algo que siempre va a estar ahí, si fuese algo así, vale, a lo mejor me arriesgaba. Me arriesgaba a contratar a un par de tipos que quizá la caguen y lo jodan, confiar en su palabra de que todo va a salir bien. Vale, entran, la cagan y joden todo, pero si es un banco o algo así seguirá ahí la semana siguiente, para otros dos tíos con más sentido común. Pero no es el caso. No es así. Si la cagáis, el chollo no seguirá ahí, va a esfumarse. Tengo que pensarlo. Tengo que estar seguro. Voy a hablar con otra gente. Me voy a tomar mi tiempo, el poco que me queda.



—John, necesito pasta. He pasado mucho tiempo encerrado y aún no me ha salido nada. No me vaciles.

—Ay, amigo mío. ¿Conoces a Connie, mi mujer? Prepara un asado de cerdo buenísimo. Relleno, ¿sabes? Está buenísimo, en serio. La otra noche guisó cerdo asado. Por primera vez desde que he vuelto a casa. No me lo pude comer. Le dije: «Connie, no me des cerdo nunca más». Pero antes me encantaba, le decía siempre que era su mejor plato, ella es una gran cocinera. Cocina muy bien, la verdad. Por eso está siempre tan gorda, joder: le gusta comer y le gusta cocinar y cocina de muerte y se lo come. Le dije: «Beicon, jamón, no me importa si sale de un cerdo. Pero no quiero cerdo asado. Me haces unas alubias, ¿vale? No me las pongas con cerdo. Las alubias me las comeré. El cerdo, no». Y me fui al puesto de almejas del puerto y cené en el puto coche y eso que solo hacía un mes que volvía a comer con la familia, después de casi siete años en el trullo. Cené en el puesto del puerto. Una vez se jodieron las cosas, ¿te acuerdas, Frankie? Elegí al tipo equivocado, todos teníamos prisa, había que moverse, necesitábamos la pasta, lo de siempre, el tío lo hará bien y yo estaba peor que todos vosotros. Así que acepté y lo sabía, sabía que el tío no me convencía. No puedo explicar por qué, pero lo sabía, aquel era el tipo equivocado. Pero lo acepté igualmente. Y vaya si era el tipo equivocado, joder: me pasé casi siete años comiendo cerdo grasiento de mierda, casi todos los días, y mientras mis hijos crecían y mi negocio iba tirando, yo estaba en el talego. Y ahora no puedo volver atrás, ¿sabes? Ahora ya no puedo comer mi plato favorito por todo lo que me remueve. Conque de ahora en adelante me lo tomaré con

calma, eso es lo que hay. Me la traen floja tú y tus problemas. Si podemos hacer algo grande, lo haremos. Si lo podemos hacer con garantías, sin cagarla, sin volver a pringar. Yo ya he comido el último cerdo asado de mi vida. Ya la he jodido por última vez. Llámame el jueves. El jueves lo sabré. Te lo diré.